

Más allá de los resultados de las negociaciones, que no fueron positivos para los realistas, los documentos que aporta Fisher ponen de relieve que estos y los patriotas emplearon lo mejor de sus recursos argumentativos y operativos a favor de las causas en las que creían. Esta y otras consideraciones son posibles gracias a los responsables de la colección *Prisma Histórico*, que por medio de textos seleccionados y presentados por especialistas como John Fisher han asumido el reto de dar a «viejos documentos, nuevas lecturas».

ASCENSIÓN MARTÍNEZ RIAZA

Universidad Complutense de Madrid

PUENTE CANDAMO, José Agustín de la y José de la PUENTE BRUNKE (eds.). *El Perú desde la intimidad. Epistolario de Manuel Candamo (1873-1904)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008, 807 pp.

Las cartas de Manuel Candamo nos permiten ingresar a la tertulia íntima de una familia notable del siglo XIX y de un personaje que llegó a ser presidente de la república por un periodo muy breve. Las misivas no fueron escritas para ser publicadas, ni para ser conocidas por terceros que no pertenecieran a la familia más cercana (los hijos, por entonces pequeños), pero el tiempo las ha sacado de la intimidad y las ha transformado —como ocurre en general con este tipo de testimonios— en documentos históricos únicos, originales, para conocer una etapa decisiva en la historia del Perú. Me refiero a los casi treinta últimos años del siglo XIX y primeros del XX, en que tuvimos la República Práctica de Manuel Pardo (1872-1876), la Guerra con Chile (1879-1883), la Reconstrucción Nacional (1886-1895) y el regreso del civilismo al poder con Nicolás de Piérola en 1895. Esta etapa encierra muchos secretos de esa enorme frustración que expresó tan dramáticamente la Generación del Novecientos, sentimiento que luego se haría general en el país.

Tenemos que agradecer a don José Agustín de la Puente Candamo por publicar este epistolario familiar, por compartirlo y ofrecerlo como una nueva fuente para nuestra historia republicana. También por acompañarlo con una fundamentada introducción y numerosas citas a pie de página —escritas con su hijo, José de la Puente Brunke— que esclarecen el contenido de las cartas. En conjunto, se trata de un ejercicio de transparencia, de confesión familiar, que —como ellos dicen— no tiene ninguna intención apologética, aunque sí son muy conscientes de lo que se publica: «Quizá el interés fundamental de este epistolario —al contener en su mayor parte cartas íntimas— sea el poder ingresar a la vida privada de un miembro de la clase dirigente peruana» (pp. 51-52).

Manuel Candamo nació en Lima en 1841, en el seno de una importante familia de comerciantes. Su padre, Pedro González de Candamo, uno de los hombres más ricos del Perú a mediados de ese siglo, era natural de Valparaíso, Chile. Al momento de fallecer, en 1866, ni siquiera podía imaginar lo que sucedería años más tarde entre los dos países. Manuel ocuparía importantes cargos públicos, llegaría a la presidencia del Partido Civil (del cual fue miembro conspicuo y cercano a su fundador, Manuel Pardo) y sería elegido presidente del Perú para el periodo 1903-1907, pero, desafortunadamente, murió en 1904 casi sin asumir realmente el cargo. En 1873 había contraído matrimonio con Teresa Álvarez Calderón Roldán (1850-1937), quien le sobrevivió 33 años. Ella conservó las cartas que integran la obra que comentamos hasta su muerte. Luego pasaron a manos de su hija mayor, Carmen; y después del fallecimiento de esta en 1946, los documentos quedaron en poder de José Agustín de la Puente Candamo, sobrino de Carmen (hijo de su hermana Ana María Virginia) y nieto de doña Teresa.

Es interesante la evocación que hace el nieto-editor de sus conversaciones con la abuela Teresa en los años treinta en alguna apacible casona de Magdalena Vieja. Las tertulias, frecuentemente, giraban alrededor de los siguientes grandes temas: el asesinato de Manuel Pardo en 1878, la Guerra con Chile, el Contrato Grace y la llamada revolución de 1895, cuando las montoneras de Piérola y Durand sacaron prácticamente del palacio de gobierno a Andrés A. Cáceres, quien se aferraba a las modali-

dades caudillistas del pasado en un momento en que ya había perdido su aureola de héroe de la resistencia y se estaban por iniciar nuevos tiempos políticos. Estos se caracterizarían por unir a partidos hasta hacía poco antagónicos: el civilista y el pierolista. La reclamada unidad nacional empezaba de esta manera, y todo eso debe de haber creado una memoria selectiva en doña Teresa.

Volviendo al contenido de la obra, llaman la atención el orden y la disciplina de Manuel Candamo para escribir cuatro cartas semanales a su esposa durante los catorce meses de cautiverio que pasó en Chile entre 1882 y 1883. El cuidado de numerar las misivas (escritas desde los pequeños pueblos de Angol y Chillán), referirse a ellas por su número, avisar a su esposa de los itinerarios de vapores y trenes, describir sus estados de ánimo y los detalles de su alrededor nos muestran a un hombre tratando de dialogar con los ausentes, como una forma de superar la tristeza y la humillación de la derrota. Se trata de un diálogo a veces irónico que nos permite ingresar al trato íntimo —casi secreto, amoroso— con la esposa, a la que trata de «chola de mi corazón», «negra querida» o «pobre cholita», como para mostrarnos que el uso positivo de la expresión «chola» ya se había iniciado en el siglo XIX. De otro lado, también son sorprendentes las referencias al pisco y al ceviche que se podían consumir en la Lima de entonces.

A propósito de la Guerra del Pacífico, quizás en este epistolario aparecen, por primera vez, en una suerte de conversación de familia, las referencias rotundas a las debilidades que nos condujeron a la derrota con Chile. Las cartas en la víspera de San Juan y Miraflores (enero de 1881) son verdaderamente dramáticas. Sus apuros por trasladar a la familia a un lugar aparentemente seguro, Piura; sus apreciaciones del ejército de reserva, al cual pertenecía a sus cuarenta años, y del ejército de línea; y su alucinada imaginación de creer que éramos más, estábamos mejor posicionados y que podíamos derrotar a los chilenos en las afueras de Lima, contrapuesta a su inocultable pesimismo expresado en la idea de que en cualquier momento todos podían desertar, son simplemente impactantes. No hay cartas sobre el ingreso de Baquedano a la capital, pero sí duras opiniones sobre la manera como los chilenos se congraciaron con «la

plebe» (los asiáticos de las haciendas) para atacar mejor a los propietarios (los «notables», como él), imponiéndoles cupos y deportándolos si se resistían a pagar. ¿Por qué los chilenos pudieron utilizar esta estrategia tan eficazmente? ¿Por qué la ausencia de cohesión nacional ante el invasor? ¿Por qué, simplemente, la ausencia de nación?

Por otra parte, las contradicciones entre civilistas y pierolistas aparecen en toda su crudeza. También las razones del general Iglesias por una paz a cualquier precio y las de Cáceres por una resistencia prolongada. Las cartas nos permiten reconstruir mejor la desesperanza, el desconcierto y la inseguridad de las familias notables de Lima. Cuando ya terminaba su destierro en Valparaíso, el 6 de octubre de 1883, apesadumbrado, le dice a su esposa: «No sólo nos han vencido en todas partes, nos han arruinado y humillado, sino que nos han impuesto el gobierno que han querido, han removido todo el fango y han fomentado las traiciones, la anarquía y los más vergonzosos escándalos» (p. 445). Se trataba de una derrota que había desnudado nuestras debilidades y alentado la sospecha y la desconfianza. No quedaba más que la intimidad para la conversación sincera. Los documentos nos transportan a esos diálogos silenciosos que seguramente nos ayudarán a revisar la segunda mitad del siglo XIX, cuando nuestro país pareció tomar conciencia de la creciente frustración de la promesa republicana.

MANUEL BURGA

Universidad Nacional Mayor de San Marcos